

Rescatan lo efímero del ACTO PERIODÍSTICO

LOURDES RANGEL

En lo que fue la cárcel de mujeres hace ya algunos años y hoy se ha convertido en la Preparatoria Iztapalapa, entre risas y conversaciones juveniles, un gran número de alumnos y maestros se dirigieron al salón 14, donde Pablo Espinosa, presentado por el también periodista y maestro del plantel Mauricio Carrera, compartió sus experiencias y sentimientos con su absorto público.

Mauricio Carrera definió a Pablo Espinosa como un artista-reportero, lo cual prueban los reportajes, entrevistas y crónicas compilados en *No por mucho madrugar se redacta más temprano*, edición de la colección *Periodismo Cultural*, de Conaculta, "misma que ha venido al rescate de lo que constituye la fatalidad y al mismo tiempo el atractivo del acto periodístico: su carácter efímero. El viejo axioma se cumple: "lo que es hoy noticia, ya no lo será mañana"; "el hombre que mordió a su perro ya no le interesa a nadie", afirmó Carrera.

El oficio del periodista, forma de literatura "bajo presión", tiene, como todo, sus recompensas y sus bemoles. El periodista puede llegar a ser cuentista, novelista, poeta, en una palabra, escritor. Esta es una de las recompensas de los más de veinte años de trabajo de Pablo Espinosa, "donde se dan cita lo mismo el periodista, el poeta y el músico", además del hombre que juega con las palabras. "Le gusta jugar con la palabra, mimarla, torcerla, maldecirla, sacarle jugo, inventarla, reproducirla. Le gusta darle música, cadencia, ritmo, resonancias, síncopas, tamborazos, explosiones, silencios, rock, Bach, cha-cha-chá". Así describió Carrera el trabajo de su compañero.

Los jóvenes participaron entusiastas ante los comentarios de Espinosa, autor de *No por mucho madrugar se redacta más temprano*, publicación de la que prácticamente ya se encuentra agotada la segunda edición: "Me comprometo emocionalmente con lo que escribo. Si algo me indigna, con indignación lo escribo, porque como periodista tengo una responsabilidad, soy una voz del pueblo. Gracias a esto puedo transmitir mis sentimientos sin perder de vista una de las reglas del periodismo que es la objetividad".

Enamorado de su profesión, Pablo Espinosa aseguró que más que darle prestigio, su profesión lo hace amar cada vez más la vida: "Me doy cuenta de que las personalidades que mi trabajo me permite conocer son de carne y hueso. Por ejemplo, a Leonardo Bernstein le encanta el whisky. Si lo visitas después de haberlo visto dirigir en la Sala Nezahualcóyotl, mientras suda por el gran esfuerzo emocional, saca un cáliz de plata y te convida. Eso nunca podría pasar con Madonna, porque ella es de plástico. Más que una colección de anécdotas deslumbrantes o prestigiantes, todas estas experiencias me hacen amar todavía más la vida".

Satisfecho con su propuesta periodística, apasionado de una de las drogas más adictivas: "aquella que tiene mitad adrenalina y mitad tinta", Pablo Espinosa se ha enfocado desde hace ya varios años en temas musicales: "Hace 22 años empecé en un periodiquito de barrio que se llamaba El Figaro, donde escribía unas reseñas sobre cine. De pronto se me ocurrió que en esta publicación tan popular podría hacer una columna de servicio de lo que había en aquel entonces, dentro de las programaciones de las orquestas. La gente debía saberlo, porque era una verdadera maravilla. El editor del periódico creyó que yo quería ganar más dinero, pero le dije "no me lo pague, es un servicio". Así comencé a escribir sobre música, hermana gemela de la

poesía, ideales para una mentalidad romántica y un poco desfasada de la realidad, totalmente abstractas".

Tanto los retruécanos de Woody Allen, como los de Tin-Tan han dado cuerpo al trabajo de Espinosa, quien se considera admirador del cómico mexicano, pero también lector de numerosas obras sobre música, y sus conocimientos de diversas melodías, lo han puesto a la cabeza de la promoción musical en México: "Estudí violoncello, porque su sonido siempre me ha cautivado. Estaba estudiando en la universidad, iba a los conciertos de la OFUNAM y me hice amigo de un violoncellista. Era de origen salvadoreño y trataba mejor a su violoncello que a su esposa. Se sentía apenado porque llegaban directores huéspedes de todas partes de todo el mundo y no sabía inglés. Entonces hicimos un intercambio: yo le daba clases de inglés y él me enseñaba a tocar el violoncello".

Teniendo por arma la ironía y por estandarte el rigor en los textos, Pablo Espinosa reconoció como a sus maestros a Carlos Monsiváis, Juan Villoro, José Agustín, Ricardo Garibay, Augusto Monterroso y Fernando Benítez, gracias a quien aprendió a "amarrar" sus textos: "Hay que ser irreverente, pero siempre hay que tener rigor". Por ello, el artista periodista recomienda la lectura exhaustiva como legado a las nuevas generaciones de periodistas culturales.

